

CAPITULO XVI.

Don Benito con su bandera..

CON el ruido de los cañonazos y la victoria, con los grandes festejos profanos y religiosos que siguieron á la salida del Presidente caído, con el clamoreo que levantaron los aduladores de la prensa, del púlpito y de los corrillos, con el estrépito que estuvieron armando durante varios días los que se apoderaron de la situación, ¿quién había de acordarse del humilde Presidente de la Corte Suprema de Justicia don Benito Juárez? ¿Quién había de creer ni poderse imaginar siquiera que aquel indio vestido de negro que no ceñía espada, que no mandaba tropas, que apenas hablaba lo muy necesario cuando se ofrecía, había de hacer cosquillas á los que estaban adueñados de la Capital, de la Capital nada menos ante la que todas las provincias estaban acostumbradas á doblar la cabeza, á inclinarse reverentes como la Señora de la Nación?

El 19 de Enero, á la misma hora en que Osollos y Miramón estaban arrollando con sus bien organizadas columnas el poder de don Ignacio Comonfort, Juárez aparecía en Guanajuato enarbolando la bandera de la Constitución como vice-Presidente de la República y organizando un gobierno con don Melchor Ocampo, don León Guzmán, don Manuel Ruiz y don Guillermo Prieto, hombres notables que pertenecían al partido liberal más avanzado, nombrándolos sus ministros de relaciones, de justicia, de gobernación y de hacienda. Le faltaba un general distinguido para nombrarlo ministro de la guerra; la cartera más importante en ese momento en que se trataba de luchar, estaba acéfala; pero ¿qué importaba á aquellos políticos un hombre de combate, cuando su mejor general era la ley, era la bandera de la legalidad que les iba á servir para llamar á rodearla á todos los verdaderos patriotas?

Los hombres de la Capital se rieron de Juárez y de su ministerio: los periódicos clericales se burlaron de ellos y los llenaron de injurias; pero los que había juiciosos y previsores entre todos ellos, no dejaron de alarmarse, y el mismo Zuloaga que había tratado mucho á Juárez y que lo consideraba hombre de clara inteligencia y de una tenacidad incontrastable, exclamó luego que tuvo en las manos el manifiesto, dándose una fuerte palmada en la frente:

—¡Para qué hemos dejado escapar á ese indio condenado!

Osollos y Miramón que estaban presentes, se soltaron riendo.

—Ustedes no conocen al tal Benito Juárez, siguió diciendo el nuevo Presidente de la República, habla poco, pero es enérgico y valiente: él fué quien dió vida á la re-

volución, quien escribía las proclamas á Alvarez y Comonfort y quien los animaba cuando estaban abatidos.

—Pero ahora son otros tiempos, amigo don Félix, le contestó familiarmente Miramón, quien tenía formada una idea muy mezquina en todos sentidos del Presidente Zuloaga; entonces, prosiguió diciendo, se trataba de derribar á una dictadura tan odiada como la de Santa-Anna, y fácilmente se allegaban elementos. Hoy el pueblo está cansado de despotismos, de demagogias y de guerras, y todos los militares y gobernadores del país abandonarán á Juárez como abandonaron á Comonfort.

Osollos, que no había hablado y que desde hacía rato estaba algo meditabundo, dijo por su parte:

—De cualquiera manera debería alguno de nosotros marchar inmediatamente al interior. Yo siento que se me haya nombrado aquí comandante general interino, porque habría preferido que se me encomendara una campaña que considero de todo punto indispensable.

Miramón se quedó viéndolo de reojo y se apresuró á decir:

—El jefe de esa campaña ya está nombrado.

—¿Quién es?

—El general Miguel Miramón.

Al decir esto se golpeó el pecho con fuerza.

—No es tiempo de tratar de ese asunto por más que yo convenga en que es de los más preferentes, dijo Zuloaga procurando intervenir en la cuestión para que no hubiera ni sombra de disgusto entre aquellos dos jefes que eran ya sus preferidos porque se le habían impuesto; necesitamos acabar de organizar el gobierno. Es verdad que ya tengo gabinete y consejo, pero falta la hacienda que

está despachada por un ministro interino, y necesitamos dinero.

—El dinero lo da la iglesia, repuso Osollos.

—Ya dió bastante y es dura para seguir dando; además, mis ministros dicen que esos recursos debemos dejarlos en reserva.

—Si es muy pronto la salida de un cuerpo de ejército, dijo Miramón, será mejor; pero en cualquier tiempo en que se me den cinco mil hombres bien municionados, yo me comprometo á conquistar todo el interior.

Zuloaga le tendió la mano diciéndole:

—No estará ociosa mucho tiempo su espada, general.

Aquello quería decir que había terminado la conferencia.

Y en efecto, aunque Zuloaga no era más que un firmón, puesto que no tenía ni había tenido nunca iniciativa propia, era el estafermo de todos, y ya había en las antecámaras ministros, consejeros y sacerdotes que querían hablarle, de manera que apenas tenía tiempo de oír á la multitud que lo asediaba.

Habiéndose evaporado todo lo que componía el gobierno de Comonfort con la huida de éste, principalmente desde que se supo que se había expatriado él mismo para el extranjero, abandonando todos sus derechos al poder, quedaban frente á frente dos entidades, dos partidos, dos gobiernos que iban á entrar en lucha desesperada: el uno encabezado por Zuloaga con la bandera de la usurpación, y el otro por don Benito Juárez con la bandera de la legalidad constitucional como vice-Presidente de la República.

Las tendencias y fines de esos partidos se dieron á conocer en los respectivos manifiestos que publicaron, de los cuales es preciso dar aquí aunque sea una idea para la mejor inteligencia de los lectores.

El gobierno que se estableció en México, es decir, Zuñiga y los ministros que nombró, explicaron así su advenimiento al poder: «El gobierno que no quiere presentarse ante la nación sino bajo la forma sencilla del desinterés y de la verdad, responderá desde luego que su *derecho* es el de la propia conservación, y que su representación será la que la República, que tiene la obligación de salvarse, quiere darle. Podrá ser una administración nacional, ó sólo el gobierno de algunos departamentos de la República; pero mientras la República no pronuncie su fallo, mientras no se declare por alguna de las banderas que han levantado las facciones, que no son ciertamente órgano de su voluntad, el gobierno debe creer y proclamar también que el *programa* de las garantías es el único que quieren los pueblos, el único que puede servir de cimiento á una sabia Constitución y á una acertada organización política.»

Pero todas esas no eran más que palabras, porque sin esperar á que la República pronunciara ningún fallo, aquel gobierno se apresuró á restablecer los fueros y á derogar las leyes de obvenciones parroquiales y de desamortización lo mismo que las prevenciones constitucionales, declarándose ante todas cosas el sostenedor de la Iglesia, con cuyos recursos se había entronizado.

El manifiesto de Juárez, digno y severo, tenemos que reproducirlo íntegro, porque no hay una sola palabra que sobre, ni un solo concepto que no deba ser recogido por la historia. Hélo aquí:

«Mexicanos: El gobierno constitucional de la República, cuya marcha fué interrumpida por la defección del que fué depositario del poder supremo, queda restablecido. La carta fundamental del país ha recibido una nueva sanción, tan explícita y elocuente, que sólo podrán desconocerla los que voluntariamente quieran cerrar los ojos á la evidencia de los hechos.

«Los hombres que de buena ó mala fé repugnaban aceptar las reformas sociales que aquel código establece para honor de México y para el bien procomunal, han apurado todos sus esfuerzos á fin de destruirlo. Han promovido motines á mano armada, poniendo en peligro la unidad nacional y la independencia de la República. Han invocado el nombre sagrado de nuestra religión, haciéndola servir de instrumento á sus ambiciones ilegítimas, y queriendo aniquilar de un solo golpe la libertad, que los mexicanos han conquistado á costa de todo género de sacrificios, se han servido hasta de los mismos elementos de poder que la nación depositara para la conservación y defensa de sus derechos en manos del jefe á quien había honrado con su ilimitada confianza. Sin embargo, tan poderosos como han sido esos elementos, han venido á estrellarse ante la voluntad nacional, y sólo han servido para dar á sus promovedores el más cruel de los desengaños, y para establecer la verdad práctica de que de hoy en adelante los destinos de los mexicanos no dependerán ya del arbitrio de un hombre solo, ni de la voluntad caprichosa de las facciones, cualesquiera que sean los antecedentes de los que la formen.

«La voluntad general expresada en la Constitución y en las leyes que la nación se ha dado por medio de sus legítimos representantes, es la única regla á que deben su-

jetarse los mexicanos para labrar su felicidad á la sombra benéfica de la paz. Consecuente con este principio, que ha sido la norma de mis operaciones, y obedeciendo al llamamiento de la nación, he reasumido el mando supremo luego que he tenido libertad para verificarlo. Llamado á este difícil puesto por un precepto constitucional, y no por el favor de las facciones, procuraré en el corto período de mi administración, que el gobierno sea el protector imparcial de las garantías individuales, el defensor de los derechos de la nación y de las libertades públicas. Entretanto se reúne el Congreso de la Unión para continuar sus importantes tareas, dictaré las medidas que las circunstancias demanden para expeditar la marcha de la administración en sus distintos ramos, y para restablecer la paz. Llamaré al orden á los que con las armas en la mano ó de cualquiera manera niegan la obediencia á la ley y á la autoridad, y si por una desgracia lamentable se obstinaren en seguir la senda extraviada que han emprendido, cuidaré de reprimirlos con toda la energía que corresponde, haciendo respetar las prerrogativas de la autoridad suprema de la República.

«Mexicanos: sabéis ya cuál es la conducta que me propongo seguir; prestadme vuestra cooperación: la causa que sostenemos es justa: confiemos en que la Providencia Divina la seguirá protegiendo como hasta aquí.

• Guanajuato, Enero 19 de 1858.—*Benito Juárez.*•

Juárez, después de haber asumido la responsabilidad del gobierno constitucional en Guanajuato, y de darse á reconocer por los Estados que formaban la coalición, nombró general en jefe del ejército al general Parrodi, le orde-

nó que saliera violentamente con las tropas disponibles y que se adelantara á ellas para que se acordara en Guanajuato el plan de campaña.

Doblado estuvo presente á esta conferencia.

—¿Con qué número de tropas cuenta la coalición? preguntó don Benito á su general en jefe.

—Con unos diez mil hombres más ó menos, pues hay que dejar algunas pequeñas guarniciones en las ciudades. Unos siete mil infantes, cerca de dos mil caballos y unas treinta piezas de artillería.

—¿Todos veteranos?

—No, señor, muchos reclutas que se han tomado de leva para poner los cuerpos en alta fuerza.

—Tal vez sería conveniente que no hubiera reclutas en fin, eso lo dejo á la elección de usted. ¿Tiene usted pensado algún plan de campaña?

—Sí, señor Presidente. Mi idea es alejar al enemigo lo más que sea posible de México, á fin de hacerlo perder su base de operaciones y de dar tiempo á los Estados de Oriente para que se organicen y hagan algún amago sobre la Capital.

—No tengo noticia de que en los Estados de Oriente haya nada organizado.

—Pero se organizará luego que vean la actitud de los Estados del Centro y del Norte.

Doblado intervino diciendo:

—Creo que no debemos abandonar el Estado de Guanajuato, que es importante por sus recursos.

—Como hemos de triunfar, lo recuperaremos inmediatamente, contestó Parrodi.

—¿Y no es peligroso que un ejército retroceda al frente del enemigo? preguntó Juárez.

—No, señor, contestó Parrodi, cuando el ejército está moralizado y cuando sabe que va á combatir en un terreno conocido. Yo estoy seguro de que mis tropas combatirán mejor en Jalisco que en la mesa central.

—Está bien, usted es el que manda en jefe y elegirá el terreno, sin olvidar que Osollos y Miramón son audaces y ambiciosos.

—Los conozco, señor Presidente, son jefecillos que para mí no tienen la menor importancia.

Y como en ese día 12 de Febrero se tuvo noticia de que las tropas reaccionarias venían avanzando á marchas forzadas, don Benito tomó la diligencia con sus ministros, y empuñando su bandera, la Constitución, fué á plantarla el día 15 en Guadalajara.



CAPITULO XVII.

Derrota de la coalición.

Los Estados principales que reasumieron su soberanía y formaron la coalición contra el gobierno de Zuloaga, que recibió por la prensa liberal el calificativo de *usurpador*, fueron Guanajuato, Jalisco, Michoacán y San Luis Potosí, reconociendo todos al general Parrodi, gobernador de Jalisco, como jefe de los elementos que se reunieron, en virtud, no sólo de tenerlos mejores, sino de haber sido el primero en invitar á los demás á tomar aquella actitud en defensa del orden legal. Los jefes que acudieron con sus fuerzas respectivas á formar el ejército coaligado, fueron, además del gobernador de Jalisco reconocido como general en jefe, los generales Doblado y Morett que *habían estado bailando en la cuerda*, esto es, que habían estado muy vacilantes en la política del gobierno de Comonfort, y mucho más aún, en los

acontecimientos posteriores, siendo ambos enemigos declarados de la Constitución. El mismo general en jefe que había pertenecido al ejército conservador, no estaba muy firme en sus convicciones, antes bien, sus simpatías estaban con la reacción, y sólo por compromisos con el partido al cual se encontraba prestando sus servicios, creía que su honor militar consistía en sucumbir en el puesto en que la casualidad lo había colocado, faltándole el entusiasmo por una causa que no era la suya y á la cual con poca fé iba á consagrarle su entera lealtad. El único jefe de convicciones arraigadas por el liberalismo, era el general Huerta, que había hecho su carrera defendiendo con su más plena adhesión el plan de Ayutla.

En aquella época, en que mucho debía temerse en cuanto á las ideas políticas que cada cual profesaba, Comonfort cometió la insigne torpeza de dejar que se agruparan en torno de su gobierno, á hombres como Zuloaga, Parra, Morett y otros que toda su vida habían pertenecido á la facción conservadora y que estaban más ó menos ligados con el clericalismo de la República.

Así, pues, desde el momento en que las tropas de la coalición estuvieron reunidas, pudo verse que no había cohesión entre los jefes que las mandaban, ni mucho menos el entusiasmo y la decisión para obtener un triunfo que casi les repugnaba. Y más contribuyó á que no tuvieran un sentimiento homogéneo ni una acción sólida aquellas tropas, la circunstancia poco feliz de no haber hecho marchas resueltas, atrevidas y oportunas, sino que, todo lo contrario, se dejó tiempo sobrado al enemigo para que se reforzara, para que acumulara grandes elementos y para que adquiriera también una superioridad moral incontestable.

Ahora vamos á entrar en algunos detalles de aquel primer encuentro entre los dos partidos armados que se disputaban el poder, al que se dió, sin tenerla mucha en aquel tiempo, una capital importancia, y que tal vez hubiera dado resultados más fatales si llega á triunfar la coalición, compuesta como estaba de elementos ajenos á la causa verdaderamente liberal.

Aunque Miramón se había empeñado mucho en obtener el mando en jefe para hacer la campaña del interior, tanto más cuanto que se le había dado una brigada de mil docientos hombres para batir al general Lamberg que se encontraba con una fuerza en Toluca, y por más que se dió prisa á cumplir aquella faena, durante su ausencia el gobierno nombró al general Osollos, considerando que tenía más conocimientos militares y más formalidad. Lo que se hizo fué mandarlo después para que se incorporara al primero con sus fuerzas.

De una especie de diario que escribió Alberto López, que servía como oficial en el Estado Mayor de Osollos, y como escribiente en su secretaría, tomamos los siguientes apuntes:

«2 de Febrero. Hemos recibido la orden de alistarnos para marchar mañana. El general está que no cabe en sí de gozo, porque le prefirieron á Miramón para que hiciera la campaña contra Juárez. Según se decía, aquel estaba intrigando mucho para que lo nombraran; pero lo han considerado demasiado joven, demasiado atrabancado, demasiado peligroso, y entonces le dieron una campaña chiquita para Toluca que no le agradó mucho, porque se volvió desobedeciendo las órdenes del gobierno sin perseguir á Lamberg que se replegó á Ixtlahuaca.

3 de Febrero. Acampamos apenas en Lechería, en

donde tenemos que esperar para esta tarde los trenes de artillería.

4 de Febrero. Hemos salido para Cuautitlán, en donde pasaremos revista y se nos incorporarán más tropas. Sólo llevamos hasta ahora tres mil hombres de las tres armas.

5 de Febrero. Cualquiera que sea maligno dirá que el general escogió este día para hacer una fiesta militar en Cuautitlán y para dirigir al ejército una proclama llena de promesas. Dice que vamos á vencer á un enemigo que está desmoralizado y que defiende una causa perdida, la causa de la demagogia y el libertinaje, mientras nosotros sostenemos la religión que nos legaron nuestros padres. Tuviron banquete los oficiales superiores y brindaron por el buen éxito de esta campaña. Cuando hubo un imprudente que brindó porque pronto estuviera entre nosotros el general Miramón á fin de que fuera más segura la victoria, el general hizo un gesto que no fué de satisfacción.

Día 8. A cuatro leguas de San Juan del Río vino á recibirnos el cura y muchos vecinos y autoridades. Nuestra entrada á la población ha sido triunfal. Hubo repiques, cohetes, músicas y discursos. Desde antes de llegar, algunas gentes del pueblo que estaban apostadas para el efecto, quitaron las mulas al carruaje del señor Osollos é hicieron las veces de aquellas, llevándolo al alojamiento que le tenían aquí preparado. El general, después de este arrastramiento, ha comenzado á darse tanta importancia, como si fuera un Napoleón.

Día 9. Llegó el general Miramón con su brigada: fuimos á encontrarlo, pero no se le hizo tanta bulla como á Osollos; los dos se abrazaron y se manifestaron muy contentos, pero sabiendo todos lo que hay detrás de bastidores:

que el general Miramón está algo celoso del general Osollos. Se tratan de hermanos y se manifiestan seguros de la campaña que van á emprender. Tenemos ya más de cuatro mil hombres; pero se esperan más, así como los carros y otras piezas de sitio.

Día 11. Nos hemos puesto en marcha sobre Querétaro, y ya se han empezado á tener las precauciones de un ejército en campaña, yendo por delante los exploradores y las avanzadas. Los generales dicen que entraremos á la ciudad sin disparar un tiro, pues todos los constitucionales van huyendo como cabras asustadas.

Día 12. No hubo novedad en la marcha, y sólo al rendirla recibió el general un extraordinario en que le participa el general Mejía que ha ocupado ayer á Querétaro, y que Arteaga, con las pocas fuerzas que tenía, se ha replegado con rumbo á Celaya.

Día 19. Hemos estado una semana en Querétaro disciplinando, instruyendo y organizando las tropas que ascienden, según los partes de los jefes de Brigada, á siete mil hombres, sin contar las guerrillas y hombres empleados en los transportes. Hoy sorprendí una conversación que tuvieron los dos generales Osollos y Miramón. El primero decía al segundo que ya había podido dormir tranquilo, pues estaba temiendo antes que se le hubiese echado encima Parrodi con todo su ejército, y lo hubiera de seguro destrozado, no contando más que con cuatro mil hombres muy mal municionados y con muy escasa artillería. Hoy dice que ya no le teme, aunque como le informan algunos, el enemigo cuenta con doce mil hombres. Miramón le contestó que por eso se había apresurado á incorporársele, y que ya estando los dos juntos, con cualquier número de tropas que tuvieran, estaban seguros de

triunfar. Convinieron en que era necesario, ya que se les había dado tanto tiempo para acumular sus elementos, en salir á buscar al enemigo, antes de que éste, á su vez, recibiera refuerzos. Dijeron además que Parrodi estaba haciéndose fuerte en Celaya, y que allá sería el combate; á cuyo efecto las Brigadas que mandaban Mejía y Casanova, era conveniente que se dirigieran á Chamacuero, por San Miguel, para dividir la atención del enemigo y en caso ofrecido, cortarle la retirada.

Día 24. Hemos llegado á Apaseo sin novedad, aunque sólo estamos á tres leguas y media del enemigo. Sin embargo que no soy más que un subalterno, me extraña esta temeridad de los generales que no sólo han dividido sus fuerzas, una vez que Mejía y Casanova andan por otro rumbo, sino cuando los trenes de campaña, según noticias, todavía vienen lejos, y pasarán varios días antes de que puedan incorporársenos. Si Parrodi anduviese listo, podría batirnos en detall aprovechando nuestra falta de municiones. Yo sí que no duermo pensando en el grandísimo peligro en que estamos, de ser hechos añicos sólo con una carga de la caballería constitucionalista.

Día 2 de Marzo de 1858. Estamos tan tranquilos, como si sólo nos encontráramos de guarnición en Apaseo y se hallara á cien leguas el enemigo. Sólo ayer se oyeron unos cuantos tiros de las avanzadas cuando andábamos recorriendo el campo, á más de una legua de nuestra última línea. Los generales están muy alegres porque Parrodi no se mueve, y antes bien está fortificándose en Celaya. Nosotros también hemos hecho fortificaciones, pero muy pasajeras.

Marzo 6. ¡Loado sea Dios! Ya recibimos el parque general. No me llegaba la camisa al cuerpo. También los ge-

nerales, aunque aparecían muy contentos, no dejaban de estar con la barba sobre el hombro, como suele decirse, levantándose cada vez que escuchaban cualquier ruido por insignificante que fuera. Hoy están alegrísimos, y consideran salvada la situación. Toda la tarde la han pasado encerrados trabajando sobre un plano, en el cual he visto pintadas muchas cruces rojas.

Día 7 á las ocho de la noche. Ya no es un misterio el plan de combate que vamos á desarrollar mañana. La División del general Casanova, reforzada con la 2ª Brigada, se moverá de San Juan de la Vega á las cinco de la mañana y deberán envolver el flanco izquierdo del enemigo en el río de la Laja. La brigada ligera de Mejía, desde San Miguelito, destacará una nube de tiradores con sostenes para solo el efecto de llamar la atención del enemigo. La brigada Liceaga y las guerrillas, custodiarán el parque general en el camino real y defenderán la batería situada en el arroyo Moja y la 1ª División mandada por el general Miramón se moverá violentamente sobre el flanco derecho del enemigo por las Trojes, debiendo ser todos los ataques simultaneos, para sorprender, envolver y derrotar al enemigo en una hora. Se ha tocado silencio y dado la orden de que todo el mundo se acueste para que estén en pié los cuerpos sin toques de cornetas á las tres de la mañana. Un cohete que saldrá de la tienda del Cuartel General, indicará el momento de emprender el movimiento general. El señor Osollos se queda con dos cuerpos de reserva.

Marzo 8. Estábamos ya todos listos con los caballos ensillados, cuando el general tuvo la noticia de que estaba evacuada la ciudad de Celaya. Luego que amaneció nos pusimos en marcha, y ya sólo encontramos las huellas

que había dejado el enemigo. Muchas trincheras, muchas troneras y muchos muladares, conociéndose que el movimiento de retroceso había sido en el mejor orden, porque no encontramos ni una mochila.

Marzo 9. A las seis de la mañana nos movimos para el Guaje y Cerro Gordo en persecución del enemigo. Supimos aquí, al estar repartiendo el rancho, que aquel se estaba haciendo fuerte en Salamanca. Hace tres días el éxito del combate podía ser dudoso: ahora hasta los soldados están deseosos de echarse sobre un enemigo que nos vuelve la espalda, juzgándolo débil ó desmoralizado. Parrodi será muy hábil general, pero la verdad es que está cometiendo grandes torpezas, lo cual celebra mucho nuestro general en jefe.

Marzo 10. En la madrugada ocupamos la hacienda de Cerro Gordo que está en frente de Salamanca. Desde aquí estamos viendo la polvareda que levantan las grandes masas de la caballería enemiga.

Seguramente Parrodi, según dicen, ha escojido estas llanuras para que se verifique el combate, porque sus numerosos escuadrones son muy superiores á los nuestros, y tiene allí jefes tan expertos y tan valientes como Morett y Calderón.

En mi presencia ordena el general en jefe á los generales Mejía y Miramón que entren en combate en sus líneas, juego que observen el primer empuje de la 2a. División. Está, pues, resuelto que aquí se libre la gran batalla. El enemigo está ya inmóvil ocupando una gran extensión á nuestro frente. Debe contar con unos seis mil hombres cuando menos y nosotros no llegamos á siete mil.

Jesús! ¡qué insigne torpeza! el enemigo como principio de combate, ha lanzado su enorme trozo de caballería sobre la Brigada Blancarte apoyado por artillería. Es cier-

to que nos lanceó muchos hombres y que puso en confusión á la Brigada; pero sucedió lo que tenía que suceder, no teniendo ni un cañón esa caballería, ha sido rechazada por nuestra metralla con grandes pérdidas y entre ellas la muerte del gran militar don José Calderón que mandaba una de las columnas. Unos prisioneros me acaban de decir, que Calderón fué sacrificado por Morett, porque este jefe se retiró del campo cuando aquel le suplicaba que hiciera un empuje más para apoderarse de los cañones. ¡Siempre hay á quien echarle la culpa cuando sucede una desgracia!

Una vez fracasado el ataque vigoroso del enemigo, nuestras columnas reorganizadas han avanzado, haciendo fuego general y sostenidas por nuestras baterías que todas á la vez lanzan sus proyectiles contra las líneas enemigas que presentan un blanco seguro. La caballería, volviendo en tropel derrotada, ha desorganizado las principales líneas enemigas y la 1ª. División no ha tenido que hacer otra cosa más que avanzar, haciendo fuego para consumir la dispersión. El general en jefe no puede contener su júbilo ni su entusiasmo, después de exclamar:

—Estamos triunfando! son nuestros! á ellos!

Desenvaina la espada, se pone á la cabeza de nosotros, ordena que lo sigan Guías del Ejército y 2º. de caballería y se lanza al ataque de los grupos principales que sobre el camino presentan todavía alguna resistencia.

Desde que se disparó el primer cañonazo, hasta este momento que seguimos á los dispersos no han transcurrido tres horas.

Como apenas llevamos unos trescientos hombres y habíamos dejado muy atrás á la infantería, el general hace alto frente á una tropa de más de mil hombres que van

bien formados y con sus armas y artillería, en camino de Guanajuato.

Otra tropa también numerosa, va marchando en buen orden por el camino que conduce á Guadalajara y una más que lleva mucha caballería, toma el rumbo de Michoacán.

El general, á pesar de tan espléndida victoria, nos dice con desaliento:

—Esta guerra no ha terminado aquí: el enemigo ha quedado aún fuerte y se ha fraccionado. La coalición de los Estados ha sido destruida; ahora nos falta vencer á Juárez que va á hacer que se levanten guerrillas por todos lados, nos falta vencer también á todos esos grupos que se reorganizan en las capitales de los Estados. La campaña comienza ahora.

Por la noche el general se puso muy contento: recibió una comunicación de don Manuel Doblado que es el que va mandando 1,500 hombres que se dirigen á Guanajuato.

—Se rinde Doblado, se rinde Doblado, decía á cada momento, y ese es el hombre más hábil de la coalición.

